

Los que tienen por cultura sólo los conocimientos, desechan la idea que el pueblo llano pueda ser culto aunque no sepa leer. Olvidan que saben cantar, expresar sentimientos, contar historias, mantener tradiciones y costumbres que heredaron de sus antepasados. El campesino que no sabía escribir, sí conocía cómo y cuándo esparcer la simiente en la tierra y la forma de cosecharla para convertirla en alimento.

Cultura también significa costumbre y, por supuesto, mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre. Luego, si es costumbre y reconocemos como manifestación cultural de los pueblos sus trabajos manuales, traducidos en bellas cerámicas, todo lo que realiza el ser humano que signifique una expresión de su inquietud, bien artística, intelectual, moral o física, es cultura.

El deporte es considerado como cultura, por eso está enclavado en el Ministerio correspondiente. El teatro, como es lógico, también, y no digamos nada de las Bellas Artes, que no son más que la conversión en algo concreto de los sentimientos abstractos del hombre. Pregunto: ¿por qué la fiesta de los toros no está considerada como manifestación cultural? Quizá sea por una estupidez más de los que consideran cultura sólo lo que indica conocimientos, muchos conocimientos. Pero, ¿de qué vale saber mucho si no se utiliza para el bien común?

Algunos dirán si reporta algún beneficio al pueblo las corridas de toros. Pobrecitos, no saben que las gentes de nuestro país, aparte de ser laboriosa, trabajadora e inteligente, son sensibles ante el arte y, sobre todo, apasionados de las demostraciones de valor que los hombres son capaces de hacer. Pueblo guerrero por tradición histórica, ama el peligro y se regodea con el juego ante la muerte. Por eso, los hispanos, sólo los españoles o sus descendientes, son capaces de jugar el pellejo ante un toro, para disfrute de sus paisanos.

Que somos bárbaros, claro que sí. Quizá menos que otros pueblos que juegan con la muerte para convertir-



Las corridas de toros, manifestación cultural española

JUAN POSADA,
crítico taurino de "Diario 16"

la en genocidio al servicio de los bastardos intereses de una mínima sociedad, mercantil y chapucera.

La Historia demuestra que en España torear era cosa normal entre sus habitantes. Reyes y príncipes jugaron con el riesgo, ni más ni menos porque era necesario hacerlo. Un Rey no podía ser menos que sus súbditos y no debía defraudarlos. El, máximo personaje, también era español y, desde luego, sabía cómo enfrentarse desde lo alto de un caballo con un toro.

Literatos, pintores, músicos y muchos artistas más, immortalizaron los lances de la lidia de una res furibunda. Intelectuales extranjeros se entusiasmaron con la lucha del hombre y el toro, y todo el mundo civilizado y culto presencia con estupor una corrida de toros cuando nos visitan. Es casi tan obligado como acudir al

Museo del Prado. Pero no, para algunos la fiesta de los toros no es cultura. Pobrecitos.

Un dato: la Diputación madrileña, el Ayuntamiento de la Villa, a través de sus respectivos Departamentos de Cultura, han patrocinado nada menos que una escuela de Tauromaquia con el nombre de la ciudad. ¿Qué dirán los adoradores del conocimiento neto? No admitirán que un alcalde madrileño, "el viejo profesor", haya cometido semejante barbaridad cultural. Pues sí, y esta es la prueba más contundente de que consideran la fiesta de los toros como cultura; nacional, claro, ya que el resto de los pueblos del orbe no tuvieron agallas para jugarse alegremente la vida ante un toro y, por si fuera poco, al son de un pasodoble. Si lo hubieran hecho, sería cultura universal, por supuesto.

LA CULTURA DE LOS TOROS

JOSE JULIO GARCIA,
periodista (TVE)

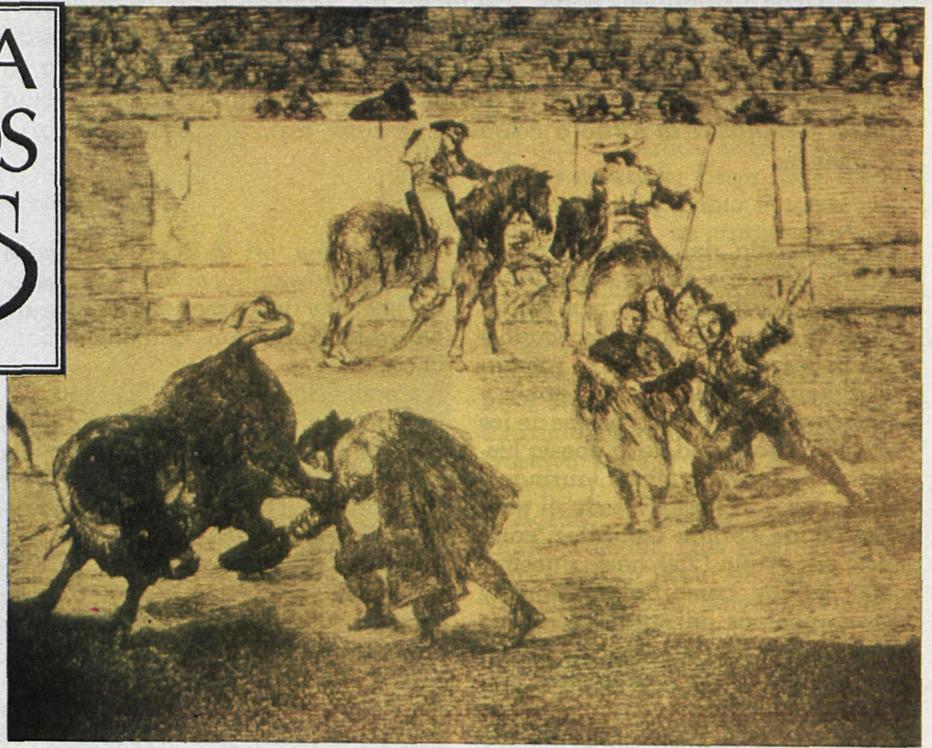
De los orígenes de la cultura taurina

Del tema de los toros no se debe hablar con ligereza y menos escribir con desconocimiento de la raíz del mismo. El asunto merece tratarse en profundidad, por ser serio dentro del costumbrismo español de todo tiempo.

La fiesta brava es creación del pueblo español. Entre el hombre de la Península Ibérica y el toro existe una relación milenaria que se adentra en los tiempos prehistóricos y permanece en nuestros días.

No obstante, las corridas de toros tienen su origen en el juego practicado en Creta en el segundo milenio antes de Cristo, cuyo protagonista era el toro y jóvenes de ambos sexos. La aparente semejanza de los dos fenómenos ha inducido tradicionalmente, a los arqueólogos y los historiadores, a aplicar al juego cretense ideas y opiniones basadas en el juego ibérico.

En el tema del juego del toro en la cultura creto-micénica, aparecen escenas de hombres y toros. Era una práctica muy antigua que se ha conocido sólo a través de documentos gráficos, originarios de Creta. Las variantes del juego consistían en que el atleta, podían ser uno o más, y no solamente hombres, sino también mujeres, realizaban acrobacias sobre el toro hasta que éste era capturado. Ejercicios que parecen guardar cierta relación religiosa con algunos antiguos cultos a Zeus.



Goya y los toros, una constante que luego se repetiría en el genio Picasso. En el grabado goyesco, Pepe-Hillo haciendo el recorte al toro.

El fenómeno español de las corridas de toros, en su correspondencia con la civilización miceno-cretense, es una manera peculiar de entender la vida y afrontar la muerte.

Estos juegos del toro cretenses dan carácter originario a las corridas españolas, como prolongación viva en la actualidad de la antigua tradición cretense.

Las corridas cretenses eran un espectáculo público que se celebraba en una especie de teatro de planta cuadrangular en el exterior, con un ruedo central de forma oval, capaz de contener un número elevado de espectadores.

La índole del espectáculo era claramente deportiva. Su gesta consistía en tomar al toro por los cuernos en el momento de la acometida, saltar sobre la cabeza del animal hasta caer en el lomo del animal, desde allí brincar a la arena, donde eran recogidos por compañeros de juego que estaban colocados en sitios determinados. El repertorio de los saltos era bastante uniforme. El juego era una

hazaña extraordinariamente difícil y peligrosa.

El fenómeno español de las corridas de toros en su correspondencia con el fenómeno de las corridas cretenses es la demostración, después de siglos y bajo especiales circunstancias, que da lugar a una forma lúdica coherente y eficaz, que radica en un estado popular y que sus orígenes más remotos, difíciles de percibir con claridad, desaparecen en la esencia prehistórica de superstición y magia, basada en la intuición del toro como reserva de energía generativa, aprovechable por el hombre, y especialmente útil a la mujer, como garantía de fecundidad. De ahí que unos consideraran las corridas cretenses como acto religioso y otros profano. En ambos casos existen elementos rituales difíciles de distinguir con precisión.

Estas reminiscencias son, desgraciadamente, insuficientes para demostrar con luminosa evidencia todas las etapas intermedias del proceso de aquellas corridas cretenses hasta las que presenciamos actualmente.

La fiesta de los toros, que es cara o espejo de España, continúa en la tradición del pueblo a través de milenios. Gran parte de españoles, por su sensibilidad, se sienten atraídos por el rito taurino, que es una manera peculiar de entender la vida y afrontar la muerte.

Este fenómeno de las corridas de toros es un hecho cultural que ahí está. Como tal se ha reflejado en la historia, literatura, pintura, escultura y música hispanas.

En sus principios, como luego en los tiempos de que el espectáculo taurino es "juego de toros y cañas", cuando hasta el mismo Cid Campeador alancea toros, y más recientemente, iniciada la etapa del toreo a pie, que va ganando en importancia y estimación hasta desplazar al toreo a caballo, ha sido inspiración de escritores y artistas.

La presencia del recuerdo de la fiesta de los toros en las actividades españolas aparentemente más distintas de ella es un suceso comprobado y no es necesario insistir. En el romancero general encontramos alusiones y capítulos dedicados a las fiestas de los toros. Una gran área de la poesía hispana se ocupa con temas taurinos o adyacentes a la fiesta. Desde el poema al conde Fernán González, compuesto por el año 1250, hasta nuestros poetas de hoy, como Rafael Morales con sus poemas del toro y Mariano Roldán con "El torero viejo ante el toro de su alternativa", entre otros muchos, hay una larga nómina: Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz, arcipreste de Hita. Ingenios castizos como Lope de Vega, Quevedo y Luis Vélez de Guevara. En el siglo XVIII, Diego de Torres Villarroel y Nicolás Fernández de Moratín con la "Oda a Pedro Romero" y "Fiesta antigua de toros en Madrid":

"Madrid castillo famoso,
que el Rey moro alivia el miedo
arde en fiestas en su coso"

Posteriormente, en el siglo XIX, el duque de Rivas, con el romance de Villamendiana:

"Está en la Plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su Rey Felipe cuarto"

José Zorrilla y un sinfín de ellos. En el siglo XX, Manuel Machado, Fernando Villalón, García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Adriano del Valle, Luis López Anglada, etc. Aunque el tema taurino ha sido el menos afortunado de tratamiento en la novela en España, desde el Siglo de Oro de nuestras letras el espectáculo taurino ha sido recogido en distintas obras.

En 1499, el bachiller Fernando de Rojas, en "La Celestina", emplea el simil taurino "pungidos y engarochados como ligeros toros". En la novela picaresca también se encuentran alusiones, principalmente en "Guzmán de Alfarache".

Cervantes, en el "Quijote", hace citas como ésta: "... el tropel de los toros bravos y de los mansos cabestros... pasaron sobre don Quijote y Sancho...".

Cecilia Böhl de Faber "Fernán Caballero", en su novela de costumbres del siglo XIX, dentro de la novela realista, se topa con la fiesta de los toros y retrata a toreros que por sus rasgos se adivina que son Paquiro y el Chiclanero.

El asunto taurino lo han tratado otros novelistas, como el padre Luis Coloma, Benito Pérez Galdós, Armando Palacio Valdés, Vicente Blasco Ibáñez ("Sangre y arena"), Pío Baroja, Azorín, José López Pinillos "Parmero" (autor de "Las águilas", en la vida del torero), Alejandro Pérez Lugín (el autor de "La casa de la Troya", que popularizó el seudónimo

Los intelectuales seducidos por la Fiesta

J. JULIO GARCIA, periodista de TVE.



Boceto de decorado de "La zapatera" (F. Alonso), pieza teatral de temática inequívocamente taurina.



La famosa ópera "Carmen", de G. Bizet, que se representa cada temporada en todo el mundo, tiene especial acogida por la magia del tema taurino sobre los escenarios.

de "Don Pio" como crítico taurino, escribió la novela "Currito de la Cruz". Alberto Insúa ("La mujer, el torero y el toro"), José María Carretero y Novillo "El Caballero Audaz" ("El traje de luces"), el sevillano José Mas, que en su novela puso toros en el escenario de los campos bajos de las marismas del Guadalquivir. Ramón Gómez de la Serna con su "Torero Caracho", y así muchos más.

Cuando el escenario se vuelve ruedo

Desde las farsas del abuelo de nuestro teatro Lucas Fernández y el auto castellano "Amadís de Gaula" hasta "Coronada y el toro", de Francisco Nieva, en los escenarios se han ofrecido temas taurinos tratados por Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, Quevedo, don Ramón de la Cruz, Javier de Burgos, Tomás Luceño, Ricardo de la Vega, José López Silva, Joaquín Abati, Julián Romea, Jacinto Benavente, los hermanos Joaquín y Se-

rafin Álvarez Quintero, Carlos Arniches, Adolfo Luna, Joaquín Dicenta, Antonio Paso, Federico Oliver, Francisco Ramos de Castro, Pedro Muñoz Seca..., Alfonso Sastre y más autores.

Zarzuelas como "Pan y toros", con letra de José Picón y música del maestro Francisco Asenjo Barbieri; "Fiesta Nacional", de Chueca y Valverde, y otras muchas del llamado género chico son prueba de que se ocupa también de lo taurino en su largo repertorio.

De plástico y músicos, pasando por la escultura

Paralelamente al profundo interés de los literatos por la fiesta de los toros, lo tienen los compositores, que son pródigos en música tan torera como el pasodoble, algunos ya clásicos del repertorio, como "Gallito", "Pepita Creus", "La Giralda", "Dauder", "Marcial... eres el más grande", entre otros que harían la lista interminable, pues son muchos los toreros que tienen dedicado un pasodoble. Músi-

cos podríamos citar tantos que es mejor dejarlos en el recuerdo que cada uno tenemos.

Otra de las bellas artes que está influida por los toros, la pintura, puede agruparse cerrada hasta el momento en dos nombres: Goya (don Paco el de los toros) y Pablo Picasso, como columnas de un gran paréntesis. Dentro de ese paréntesis citemos a Eugenio Lucas, Lizcano, Casado del Alisal, José Domínguez Bécquer (hermano del poeta romántico), Manuel Castellano, García Hispaletto, Manuel Rodríguez Guzmán, Fernando Cruzado, N. Ruiz Valdivia, Luis Juliá, Gustavo Doré, J. Elbo, Bernardo Ferrándiz, J. Alarcón, Enrique Cabral, J. Agrasot, J. Jiménez Aranda, Alejandro Ferrant, Luis Álvarez Catalá, Carlos María Espuivel, Fortuny, José Villegas Cordero, Salvador Viniegra, Luna Novicio, Joaquín Sorolla, Enrique Simonet Lombardero, José Gutiérrez Solana, Marcelino de Unceta, Ignacio Zuloaga, Roberto Domingo, Ruano Llopis, Daniel Vázquez Díaz, Andrés Martínez de León, Mariano Cossio, Salvador Martínez Cubells, G. Morcillo, José Bermejo, Ricardo Baroja, Soria Aedo, Angel González Marcos, Antonio Casero, Saavedra, José Díaz, José Puente...; así continuaríamos, pero sin olvidar a los franceses Eduardo Manet y Aimé Morat. La pintura ha sido una gran propagandista de la fiesta de los toros porque hay calidad en lo realizado.

Los escultores tampoco han sido ajenos a la fiesta torera. El cincel y la gubia han dejado obras inmortales dentro de lo figurativo: Mariano Benlliure, con "La estocada de la tarde", el grupo escultórico del mausoleo de Joselito en el cementerio de San Fernando, en Sevilla... Mateo Inurria, Julio Antonio, Juan Cristóbal, Sebastián Miranda, que cinceló a Juan Belmonte, a Domingo Ortega... Emilio Laiz Campos, que entre sus obras cuenta con el monumento al doctor Fleming que existe en los jardincillos de la plaza de toros de las Ventas. Sandino, autor del monumento a Antonio Bienvenida, enclavado ante la fachada principal de la Monumental de Madrid, y suma y sigue.

Todo lo que queda expuesto puede servir como heraldo de cuánto el hecho de la fiesta de los toros o el arte del toreo ha proporcionado argumento a la cultura en sus más diversas manifestaciones. Tres pensadores y escritores de la vitola de José Ortega y Gasset, el doctor Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, buenos aficionados a los toros, dedicaron ensayos a la Fiesta Nacional para filosofar sobre su enraizamiento con el pueblo español y su circunstancia.



El toreo: un arte joven

CARMELA GARCIA MORENO, diputada del PAD

DECIA Ortega y Gasset que para entender el sentido de la historia de España había que ahondar en el sentido de "las corridas de toros", considerando a éstas como una realidad de primer orden dentro de las dimensiones de la historia española de los dos últimos siglos.

Historia de España enmarcada en una cultura determinada con herencias de civilizaciones variadas, que refleja, en la definición concreta del concepto de cultura como expresión de una creación determinada, algo diferente a través del juego y el mito del toro en nuestra literatura más brillante: en Lope de Vega, donde el toro representa al pecado; o en Cervantes, donde aquél es la representación máxima del poderío físico; hasta la muestra cultural y artística más completa del toreo: la corrida.

Significa, según Arauz de Robles, culturalmente la corrida, la interpretación simbólica de la lucha entre el bien y el mal, aunque no siempre el simbolismo esté igualmente determinado. Así, Picasso lo significa como el mal, la furia satánica. Sin embargo, Goya pinta caras horribles que hacen la fuerza humana consciente más cruel que al animal, y la literatura contemporánea, que lo considera muestra de la inocencia burlada. Para el pueblo gitano y sus cantores es inspiración, carencia rítmica y puertas abiertas a la fantasía, y, por fin, una teoría humana del to-

reo que toma como vértice el triunfo de la voluntad y la razón, es el aspecto del toreo como fenómeno social y válvula de escape del instinto conquistador de la raza.

Ya en la realidad contemporánea de nuestra Fiesta y en los dos siglos que llevamos desarrollando este arte, hago mía la definición que hacía Domingo Ortega como "un arte joven que está empezando". "Lo que ha ocurrido es que el toreo ha estado dando pases y dar pases no es lo mismo que torear..., si no ha sometido al toro, es porque no ha practicado el gusto del bien hacer, que es un placer al cual hasta las fieras se entregan".

Y sin entrar en la polémica y respetando los partidarios o no de la fiesta, sí tengo que afirmar que es difícil negar a la corrida de toros el carácter de arte.

La corrida, como expresión artística, como juego de lances, como belleza, como colorido en la plaza y como comunicación entre espectadores y actores es una forma de expresar una vida cultural, aunque el final del espectáculo sea la sangre, el luto y el dolor. Aquí recuerdo los versos de Miguel Hernández:

*"Como el toro yo he nacido
para el luto y el dolor".*

Sin embargo, a pesar del dolor, ese arte en la relación entre el hombre y el toro está expresado en normas clásicas que juegan un papel fundamental en la corrida.

Parar, templar, cargar y mandar son los cánones del toreo más perpetuo y más clásico.

Ahora bien, al hacer un análisis desapasionado, nos encontramos con que las normas del arte del bien hacer se han esfumado. El toro casi ha desaparecido (en el ambiente de la calle) y le han mutilado las defensas. En la pérdida "del enjundio del toreo", según Domingo Ortega, no puede echarse la culpa entera ni al toro ni a los toreros y si al abandono de esas normas clásicas, aquellas anteriormente señaladas y que nos fueron legadas por Pedro Romero. Sin embargo, la fiesta en sí es más fuerte que todo junto. La tradición y el toreo ejemplar de Pepe Luis, de Joselito, de Ortega, la personalidad de los toreros jóvenes y sus nuevas piruetas, e incluso la superación de la concepción de la Fiesta como el triunfo de lo masculino con la entrada tímida de la mujer en la corrida, hacen que la cultura representada en la Fiesta de los toros tenga perspectivas de futuro halagüeñas y una obligación: terminar de dar contenido a ese joven arte que señalaba Domingo Ortega, consiguiendo un plástica que desde el respeto más absoluto a las normas clásicas introduzca nuevos elementos que acerquen la corrida a la calle y que aquella esté presente, como antaño, en las diferentes manifestaciones estrictamente culturales: la literatura, la poesía y las artes plásticas.

Una fiesta campera

BARQUERITO, crítico taurino de "Diario 16"

ESTA es una reivindicación purista: los toros son una fiesta campera y, por lo tanto, una cultura rural. De tarde en tarde, en el medio agrario, la fiesta de los toros recupera su esencia íntima. En su soledad primera, en el silencio de los cercados y las dehesas, los toros conservan su emoción más genuina. Escenificada en la plaza de talanqueras de cualquier pueblo perdido —chico o grande—, la corrida se hace más profunda. Se empasta, se encuentra, parece prescindir místicamente de todos los fuegos de artificio. Entonces vuelven los toros a estar más cerca de sus raíces campesinas. Más cerca también del lenguaje que mejor representa a la Fiesta: ese lenguaje ganadero que a lo largo de los años supo ir fundiendo los neologismos veterinarios con el acervo tradicional del habla campera. Y ahí, lejos del ruido del asfalto, la figura del torero como héroe se dibuja más nítida, más vibrantemente, con voz más clara y espontánea, con su luz natural. Incorruptible y sola.

Cuando la corrida se hizo espectáculo, hubo de alejarse de los medios rurales y asumir la decadencia que implica toda revelación. En la lucha del hombre y la fiera se introdujo un ritmo adulterado. Apareció el artificio. La solemnidad brillante de una liturgia muy barroca en la que pervive, como huella de peso, la impronta de la imaginación andaluza. El lenguaje conceptista y ajustado del campo pasó en unos años a convertirse en un habla más culta, sí, pero más verbosa y alambicada. La antigua sensualidad casi muda de la Fiesta fue convertida por las masas de espectadores en un desafío violento a la opinión y el gusto, en una absurda propuesta de debate. Se aplicó al toreo todo el rigor de las clasificaciones naturales.

De pronto, los toros se habían culturizado. Y otra cultura, artificial, de vanidad y pompa, empezó a crecer en torno a aquel primer saber campero. Los toros se hicieron materia libresca. Fue, eso sí, una suplantación afortunada. Hay demasiadas páginas preciosas en la historia de la literatura taurina de los últimos cien años como para sucumbir estúpidamente a la tentación de reivindicar sin condiciones el viejo paraíso perdido de la fiesta puramente campera. No cabe arrepentirse de que la mutación de la

Fiesta haya desembocado en su actual decadencia, porque, al cabo, la propia decadencia es garantía de que la Fiesta sigue viva. A pesar de todo. A pesar de que el despoblamiento de las zonas agrarias en España haya acentuado el deterioro de la sensibilidad de los públicos. Hoy son más los espectadores de asfalto que los camperos. Y ese es un mal irreversible.

Sí, los toros se han vuelto un bla-bla-bla de tertulias de sordos de asfalto. Se han hecho cultura en el peor sentido de la palabra. Se han convertido en temarios de oposición, en concursos de citas, en erudición apabullante y sin frescura, en cuestión política. Ortega y Gasset, un hombre delicado que siempre apreció, sobre todas las cosas, la intimidad del tentadero pequeño y la emoción de la diminuta capilla campestre donde hierve con mayor intensidad el toreo secreto, animó a Cossío a preparar esa enciclopedia donde encubiertamente se pretende reducir el toreo a geometría y matemática. A motivo lírico. A justificación intelectual. De la ampulosa verbosidad que provocaron los toros-circo del XIX se ha acabado por pasar a la estomagante verborrea de esos discípulos "enciclopedistas" que cuentan los pases de las faenas. A ese público nuevo que acude a las plazas con cartabón y escuadra para medir la longitud de los naturales, para calcular el arco esférico de las revoleras. ¿Se imagina alguien que en un festival de flamenco un ingeniero de sonido midiera la intensidad de un cante cualquiera?

La prensa que hace veinte años empezó a librar una feroz batalla para que la Fiesta recuperara tanta pureza como fuera posible se entregó a la causa sin reivindicaciones culturalistas.

Es una batalla en cierto sentido ganada. ¡Qué asombro ver de nuevo los tendidos llenos! Pero ahora queda pendiente el reto de volver a la sensatez primera. Que la cultura, como acumulación de conocimientos, no perturbe el espíritu recto de una Fiesta cuyos valores son malamente cuantificables: bravura, coraje, improvisación, entrañas, naturalidad. A veces se tiene la impresión de que los tendidos son como el balcón en espiral de un mar de rascacielos y de que los aficionados citan al Cossío con acento inglés.

